



# EL GATO COMO UN TALISMÁN: UNA EXPERIENCIA CORPORAL Y VINCULABLE

Consuelo Díaz<sup>1</sup>

El presente artículo formula un análisis sobre la figura del animal desde los vínculos de Giordano Bruno y el tacto de Jean-Luc Nancy. Una propuesta de lectura que se enmarca en la cotidianidad del concepto animal entendiéndolo a través de la noción de otro significativo, se articula una visión materialista tomando al gato como ejemplo concreto de vinculación, constituyéndolo como una especie de compañía de acuerdo a los términos de Donna Haraway. Así, el concepto de mascota es desplazado de su estado peyorativo para considerarse por su significado semántico: un talismán; pensándolo desde la protección, la compañía y la afectividad, elementos que a su vez configuran los vínculos y los cuerpos.

**Palabras claves:** animal – talismán – tacto – vínculo.

Este artigo faz uma análise da figura do animal a partir dos laços de Giordano Bruno ea sensação de Jean -Luc Nancy . Uma leitura propôs que faz parte da vida diária do conceito animais compreendê-la através da noção de um outro significativo, um materialista, tendo o gato como um exemplo concreto de ligação , constituindo uma espécie de empresa de acordo com os termos do articula Donna Haraway. Assim , o conceito de estimação é deslocado da sua peyorativo estado a ser considerado por seu significado semântico: um talismã; pensar a partir de proteção, companheirismo e carinho, elementos que por sua vez formam as ligações e corpos.

---

<sup>1</sup>Instituto de Estudios Avanzados, USACH. E-mail: consuelodiazm@gmail.com



**Palavras-chave:** animal - talismã - touch – link.

This article makes an analysis of the figure of the animal from the bonds of Giordano Bruno and feel of Jean-Luc Nancy. A proposed reading that is part of the daily life of the animal concept, understanding it through the notion of another signifier. A materialistic view taking the cat as a concrete example of bonding, constituting as a companion species according to the terms of Donna Haraway. Thus, the concept of pet is displaced from its pejorative status to be considered by its semantic meaning: a talisman; thinking from protection, companionship and affection, elements that also form links and bodies.

**Keywords:** animal - talisman - touch – link.



*“Había un enorme gato que se dejaba acariciar  
por la gente,  
como una divinidad desdeñosa. Entró. Ahí  
estaba el gato,  
dormido (...) pensó, mientras alisaba el negro  
pelaje,  
que aquel contacto era ilusorio y que estaban  
como separados  
por un cristal, porque el hombre vive en el  
tiempo, en la sucesión,  
y el mágico animal, en la actualidad, en la  
eternidad del instante”*

*“El sur”,  
J.L.B*

Hace un par de años vivía sola y experimentaba el vacío –a veces doloroso, a veces amado– de esa soledad. Luego de un tiempo, comencé a entender que ansiaba compañía, aunque no de cualquier tipo: quería permanecer alejada de la invasiva presencia del hombre, del humano; también temía la dependencia que podría generar un perro, por ejemplo, sacándolo a caminar y a evacuar sus necesidades fisiológicas en horarios que ambos acordáramos. Por otro lado, la pasividad y belleza de los peces o de las aves me resultaban atractivas, pero no quería que mi compañero estuviera encerrado en una vitrina: ¿qué clase de relación podría ser esa? Entonces, pensé en un gato: si bien jamás había vivido con uno, siempre admiraba –a lo lejos– su

independencia, carácter y capacidad de higiene, es decir, no era necesario sacarlo a pasear y podía realizar sus deposiciones en los tiempos que él o ella quisiera y en su propio baño –una caja de arena–. Consideraba que adoptar un gato respondía a la convivencia independiente y silenciosa que estaba buscando, una compañía menos invasiva, tal vez. Así fue. Traje a un pequeño gatito a vivir conmigo y, rápidamente, como se puede esperar de la mayoría de las convivencias, se volvió mi fiel compañero y comenzamos a generar un vínculo comprensible para ambos: respetábamos nuestras distancias y humores y, al mismo tiempo, disfrutábamos de tiernos y fugaces contactos. e estos lazos formados a partir de la valiosa compañía de un otro no-humano que, no obstante, ha sido –en general– olvidada y menospreciada por gran parte de la filosofía occidental. Es a partir de este punto que quiero iniciar la siguiente reflexión que tiene como propósito no llegar a propuestas resolutivas o conclusiones finales sino realizar un análisis desde un ámbito interdisciplinario, problematizando múltiples conceptos que, más que un cierre absoluto, encausan un pensamiento crítico y continuo.



## 1. Inclusión y consideración del animal en filosofía

### 1.1. Mirada y reconocimiento

Resulta curiosa la perspectiva académica que despierta el concepto “animal”, pues automáticamente se instala una brecha, una abrupta separación, entre lo “humano” y lo “animal” o “no-humano”; estos dos últimos términos se consideran sinónimos, es decir, no habría una noción de la raza humana como parte del mundo animal, parte de la gran tradición filosófica occidental <sup>2</sup> se instala automáticamente como una diferencia superior –en tanto su definición de humanidad no deja mayor cabida para el animal no-humano– y desde esta analiza.

En este punto, quisiera recoger las consideraciones que formula Jacques Derrida en *El animal que luego estoy si(gui)endo*, donde elabora un pensamiento a partir de la relación que ha establecido con su gata a través de la mirada; así, se postula una preocupación consciente que proviene desde la sensibilidad afectiva e intelectual hacia la apreciación de los animales, que han sido olvidados: “[L]a más poderosa tradición filosófica en la que vivimos ha negado todo esto al ‘animal’” (Derrida 2008,162),

es decir, las reflexiones conceptuales han sido proyectadas y reservadas para los seres humanos.

Se propone, entonces, una reconstrucción de las percepciones en pos de la consideración e integración del animal no-humano en tanto actor relevante, pasar y superar estas brechas del confín del dominio humano, ir más allá, hacia la integración de la otra especie: “Al pasar las fronteras o los fines del hombre, voy al animal y me rindo a él: al animal en sí, al animal en mí y al animal que adolece de sí mismo, a ese hombre (...) que [es] un animal todavía indeterminado, un animal a falta de sí mismo” (Derrida 2008, 17). Se postula una configuración a partir de las diferencias de las especies, entendernos a nosotros, humanos, como parte de lo animal. Es necesario pasar, traspasar y difuminar esta frontera, este límite, y redefinirlo a través del descubrimiento y reconocimiento de la mirada de un otro *significante*, ya que el reconocer implica examinar, explorar para conocer y asimilar las características propias que constituyen a otro, siendo la mirada un punto esencial de aproximación.

Recordemos que Derrida construye su texto a partir de la reflexión y cuestionamiento que despierta la mirada de su gata ante la desnudez del filósofo<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Obviando su desarrollo posterior como el posthumanismo y los estudios críticos en animales que este trabaja.

<sup>3</sup> La trama que inicia esta reflexión trata, básicamente, del autor saliendo de la ducha y encontrándose desnudo frente a su gata, esto



Es necesario entender esta mirada como una forma de interacción y percepción de un otro que es capaz de abstraer al individuo: “[L]a mirada es una acción que revela lo mirado” (Troncoso 2014, 34), la mirada implica reciprocidad, es decir, es un acto cuya participación integra ambas partes: el observador y el observado, configurando una interacción directa con el otro. Es a partir de la mirada que surge una posibilidad concreta de vincular y, al mismo tiempo, de evidenciar el vínculo con el otro *significante*; una forma de acoplamiento producto de fuerzas que ligan y que se encarnan en cada partícula del cuerpo. La mirada es, entonces, una forma de vincular. Este punto resulta relevante en la propuesta a desarrollar, pues los vínculos se entienden como una forma de enlazar, una fuerza que liga un cuerpo con otro y, en este caso, la mirada funcionaría como un manifiesto o apreciación concreta de un vínculo. La mirada, en tanto reconocimiento de otro, actúa desde la cotidianidad reconociendo a los diferentes elementos que rodean al observador, es partir de la revelación de lo mirado donde se haya la vinculación con el otro.

---

despierta el sentimiento de vergüenza en Derrida, lo que desencadenará una serie de cuestionamientos en torno a la mirada y percepción del animal.

## 1.2. El animal como un otro *significante*

Antes de continuar, es necesario comprender a qué me refiero con la denominación del otro *significante*. Es un término recogido de Donna Haraway, autora del *Manifiesto de especies de compañía: perros, personas y otros significantes*, donde se intenta revalidar y revitalizar la participación de actores cuya alta significancia reside en su rol de acompañante y, por ello, resulta imposible no integrarlos dentro de nuestra cosmovisión e imaginario intelectual, ya que estas especies de compañía serían aquellas que acompañan y han acompañado a los seres humanos a lo largo de la mayor parte de nuestra existencia, durante siglos, entrelazando y vinculando inevitablemente su trayectoria con la nuestra, moldeándola, configurando una historia compartida. Esta significación se ha construido, entonces, a partir de su rol como *especie compañera*.

Es necesario mencionar que la participación del humano –que a partir de ahora entendemos también como un sujeto animal– no debe considerarse desde un ámbito superior que procesa al otro *significante* como un subalterno, sino que debe ser configurado e integrado como parte de las especies de compañía, ya que, de acuerdo con términos semánticos y



sintácticos, deben ser al menos dos entidades las necesarias para formar el concepto de “compañía”: “No puede haber solo una especie de compañía; deben existir al menos dos para hacer una. Está en la sintaxis, está en la carne” (Haraway 2002, 13). La idea de compañía implica el acompañamiento, por lo tanto, involucra la presencia de otro. De esta forma, los animales no-humanos de compañía responden un tipo de *especie* de compañía: nosotros, como humanos, configuraríamos el otro ejemplo, la otra entidad de compañía.

Haraway considera dentro de los animales no-humanos de compañía a caballos, perros, gatos, a todos aquellos que conforman un rango de seres otros dispuestos a saltar y anclarse en/hacia una biosocialidad<sup>4</sup>, ya que para Haraway no habrían sujetos ni objetos pre-constituidos ni fuentes únicas ni actores unitarios ni finales conclusos, se trata de cuerpos que importan: un bestiario de agentes de los diferentes tipos de relación que conforman las especies de compañía. La idea de definir las especies es, a su vez, definir la diferencia que se enlaza con otro significativo, puesto que “cohabitamos una historia activa” (Haraway 2002, 20), es decir, no son meras influencias, no

---

<sup>4</sup>La idea de “biosocialidad”, para Haraway, apunta a la convivencia entre especies: “[A] range of other beings willing to make the leap to the biosociality of service dogs, family members, or team members in cross-species sports” (14).

convivimos simplemente con nuestras especies compañeras, sino que establecemos una relación de “co-conformación”, de “cohabitación”: los seres no existirían como entes aislados, independientes, sino en relación, enlazados, vinculados: “[N]os continuamos ontológicamente los unos en los otros, sin claras barreras que delimiten entidades previas a la relación” (Pallí 2006, 241). Nuestras propiedades trascendentales como animales humanos en concordancia con los animales no-humanos se configurarían en conjunto. Es a través de este vínculo, entre tantos otros, que nos moldeamos a través de la historia, nos conformamos a partir de nuestra relación con el otro.

Puede que estas “barreras” difusas que Pallí lee en Haraway sean las que Derrida propone traspasar para rendirnos ante el animal, entendiéndolo tanto como un otro significativo y como nosotros mismos. Traspasar aquellas fronteras a través de la mirada y el reconocimiento respondería a la identificación y comprensión de los vínculos que nos enlazan con nuestras especies compañeras.

### **1.3. La mascota como un talismán: la cotidianidad del amuleto**

De acuerdo a lo mencionado anteriormente, es válido plantear aquellas barreras como afinidades, o analogías,



irregulares que se configuran a partir de formas representacionales, por lo que los límites entre especies podrían ser perforados: “Positing this inhuman-human division as a productive and never absolute intervention, some philosophers have begun to call attention to how species divide only through fluctuating convergences of representational forms” (McHugh 2009, 489), es decir, la división de especies se transforma en una categoría de convergencia fluctuante a partir de representaciones, que está en proceso de desarticulación gracias a la consideración de la frontera entre lo humano y lo inhumano como una intervención productiva, continua, pero jamás absoluta y resuelta, volviéndose urgente la necesidad de reconfigurar y reinterpretar las diferencias entre especies, siendo este un punto valioso al que Derrida apunta, pues plantea el reconocimiento del animal no-humano no desde una perspectiva moral, sino del cuestionamiento de la subjetividad humana que, en más de un aspecto, compartimos con los animales:

“Instead of recognizing the moral standing of animals because of the agency or capabilities they share with us (...), Derrida fundamentally questions the structure of the “auto-” (as autonomy, as agency, as authority over one’s autobiography) of humanist subjectivity by riveting our attention on the embodied finitude

that we share with nonhuman animals, a finitude that it has been the business of humanism largely to disavow” (Wolfe 2009, 570)

Principalmente Derrida cuestiona la estructura de la autorepresentación de la subjetividad humana, considerando lo finito como característica esencial que compartimos con las demás especies, siendo aquello un tema a desacreditar por parte del humanismo, entendiéndolo como etnocentrismo, direccionando la problemática hacia este ámbito pero sin estancarse en esa reflexión, dando paso a un cuestionamiento permanente sobre nuestra condición de especie.

Considerando lo anterior, es necesario volver a la cotidianidad y resignificar aquello que se da por sabido, por ejemplo, cuando se piensa en los animales de compañía imaginamos un perro con quien se sale a pasear, un gato para cepillar o acariciar de vez en cuando, tal vez un roedor que contemplamos mientras hace girar su rueda de ejercicio. Asimismo, con el concepto de “mascota”, se vienen a la mente las nociones asociadas de “amo” o “dueño”, de manera inmediata se subordina al otro, posicionando al animal en un lugar inminentemente menor. Esta idea del otro significativa, de la especie de compañía, en una concepción cotidiana es denominada como “mascota”, palabra que



generalmente posee una carga semántica peyorativa, pues se le concibe, en su misma cotidianidad, como un otro subordinado –refiriéndome acotadamente a una significación sencilla:– entendiéndolo como aquel que es inferior, que está sujeto a otro y depende de este; una definición que se construye desde el mismo confín de lo humano, de aquella difusa barrera que es necesaria traspasar para rendirnos ante el animal, es decir, para reconocerlo. Es por esta razón que el concepto de *otro significativo* es esencial en esta propuesta: es esta unión compañera la que quiebra la frontera que Derrida propone –del animal como un otro inferior–. Está en la valoración misma del rol del acompañante el entender y asimilar la idea de mascota por su primera definición semántica, el diccionario nos devela su verdadero sentido: “Persona, animal o cosa que sirve de talismán, que trae buena suerte” (DRAE).

En este contexto, el significado literal de “mascota” alude al animal no-humano que por su función de especie compañera adquiere las características de un talismán, de un amuleto protector que trae la buena suerte. Un talismán o amuleto se entiende como aquello que tiene características mágicas, que aleja el mal y atrae el bien, es decir, son elementos apotropaicos. De acuerdo con esto, es válido considerar al otro significativo no-humano también a partir de su papel de

especie compañera, pues es en este acompañamiento del diario vivir el espacio donde constituye sus cualidades de amuleto, considerando la característica esencial mencionada por Haraway: deben hacer al menos dos especies para conformar la compañía, así la constitución del amuleto se transforma en un estado compartido que se retroalimenta en cada una de las especies que lo constituyen. A partir del vínculo que evidencia la mirada del día a día, es la cotidianeidad uno de los elementos que permite configurar al otro significativo como un talismán, otorgando a la compañía las nociones protectoras propias de un amuleto.

Bajo el marco del diario vivir, podría entenderse esta característica apotropaica del animal como aquella que reside en la compañía misma. Este concepto también debe comprenderse desde su significado literal, “apotropaico” tiene una etimología griega: *atropaios*, lo que corta el mal, aparta la desgracia, elemento protector. Esta relación protectora puede entenderse como otra forma de vincular, entendiendo que hay infinitas maneras y posibilidades de hacerlo debido a la infinidad misma de los vínculos, ya que estos “son conjunciones de fuerzas que posibilitan y gatillan las relaciones de unos cuerpos con otros” (Bulo 2015, 6). Esta conexión con el amuleto es capaz de configurar esta coexistencia que forma una historia activa,





nos hacemos presentes en tanto somos capaces de vincularnos con el otro, pues existimos en relación y nos construimos a través del vínculo, no como entidades aisladas que habitan. De esta forma, la idea de mascota como un talismán también es posible entenderla desde el amuleto protector en tanto resguarda al otro a través de la compañía misma que a su vez es capaz de fundar la afectividad, es decir, la característica protectora propia de la mascota reside en la existencia junto al otro, en la cohabitación; el talismán y sus características se extienden y transforman en aquel vínculo entre cuerpos capaces de constituirse los unos a los otros de manera activa y constante. Es aquí donde evidencia de forma aún más clara la reciprocidad de la compañía y del mismo talismán, la necesidad de las dos especies que propone Haraway, pues así como el animal es un talismán para mí, yo también podría serlo para él en tanto ambos somos capaces de vincularnos, aquel lazo que revela la mirada.

Considerando la cercanía que enlaza al otro significativo, la cotidianidad que vincula los cuerpos, es posible comprender la noción de talismán desde la protección, la compañía, la afectividad que configuran los vínculos y los cuerpos. Es por ello que es necesario entender la idea de mascota como un talismán a partir de la consideración de la afectividad que propone Buló: pensar aquella sensibilidad

y vínculos de los cuerpos dejando de lado el antropocentrismo, como se plantea en un principio. La mascota abandonaría así su atribución peyorativa y adoptaría características beneficiosas, propias de un amuleto.

## **2. ¿Por qué “gatos”?**

### **2.1. Entender el vínculo desde la cotidianidad**

Como se ha señalado hasta el momento, entendemos a las mascotas como animales no-humanos que se asocian al rol de especie compañera y que, a su vez, cumplen una función protectora. Bajo el prisma del diario vivir con el que se está trabajando, aquellos otros significativos propios de la cotidianidad serían, básicamente, perros y gatos. De ambos, pretendo destacar al último: considerar de manera particular la figura del gato como un talismán específico, no solo por su cotidianidad, sino también por las características de los vínculos que genera.

Giordano Bruno propone diferentes nociones en *De los vínculos* en general, donde este concepto es definido y trabajado como “fuerzas que ligan”, los vínculos son acoplamientos sutiles y, por lo mismo, frágiles:

“Esta gran retícula de vínculos (...) no liga bajo la especie del cuerpo: el



cuerpo, en efecto, no alcanza el sentido por sí mismo, sino a través de un género de energía que reside en el cuerpo y del cuerpo procede. Energía que metafóricamente se designa como “la mano que liga”; energía que (...) se pliega y orienta a fin de lanzar sus lazos” (Bruno 2007, 70).

El cuerpo para constituirse cuerpo obedece a la energía que en él habita, en su interior, vinculándose a esta y, así, vinculándose a su entorno. El vínculo es perfecto cuando enlaza todas las partes y potencialidades de un cuerpo.

Dentro de la gran red de vínculos se considera a todo tipo de seres y naturaleza. Un espacio particular para apreciar la capacidad de crear múltiples vínculos que posee cada cuerpo, sería el mismo espacio que se ha desarrollado a lo largo de este texto: la cotidianidad, que actúa como un vínculo en sí y, a su vez, como generadora de vínculos. Es en el día a día donde y cuando se produce la relación con el otro significativo, por lo tanto, es uno de los espacios donde puede apreciarse la vinculación. Es a partir de la cotidianidad como espacio que es posible apreciar la particularidad de todos los posibles vínculos.

“Se dice que aquél que vincula con superioridad de genio vincula a otros sin ser a su vez vinculado (...) según esta opinión se deduce que el genio muta y se

altera continuamente según se alteren las formas, temperamentos y especies” (Bruno 2007, 73). Bajo el contexto de vinculación con mi otro significativo – recordemos que este fue acotado, por el factor cotidianidad a perro y gato– y en consideración que cada cuerpo es capaz de producir una pluralidad de vínculos, es decir, cada especie de compañía (humana y no-humana) puede vincularse la una a la otra en más de un ámbito, es válido proponer que dentro de la cotidianidad, los gatos serían un ejemplo concreto de aquel que, dentro de los posibles vínculos, puede vincular a los otros sin ser a su vez vinculado. Esta afirmación surge del siguiente ejemplo concreto: un gato se acerca a su especie de compañía, un animal humano, y se frota en sus piernas, volteándose y quedando panza arriba, dispuesto a ser acariciado, el animal humano entiende la gestualidad de su otro significativo –destaquemos que esta comprensión surge a partir de la pluralidad de los vínculos– y comienza a acariciar la barriga del gato, desliza la mano por el pelaje un par de veces compartiendo un amistoso contacto visual pero, a la tercera o cuarta caricia y, sin previo aviso, el gato muerde la mano del humano y corre hacia otro lugar. El acompañante humano, sin estar seguro de aquella reacción, se queda con la mano estirada, extrañado por la fugacidad de aquél vínculo táctil que también responde



a una caricia. Teniendo en mente el ejemplo recién narrado, podemos enlazarlo, sin mayores esfuerzos, a lo siguiente:

*“Los vínculos son sutiles, aquello que es sujetado por vínculos apenas aflora a la sensibilidad desde sus profundidades: es posible examinarlo sólo fugazmente, como desde una superficie elevada y se encuentra además sujeto a transformaciones momento a momento, presentándose a quien pretende atraparlo no de otra manera que como Thetis huyendo de los abrazos de Peleo: es necesario pues captar el ritmo del cambio” (Bruno 2007, 83).*

Este fragmento refleja la fugacidad de los vínculos, que pueden desvanecerse por su característica sutil. Lo recién mencionado funciona como una ejemplificación de la capacidad vinculable de los cuerpos entre especies de compañía. Destaco, entonces, como un ejemplo aún más concreto de la fragilidad de los vínculos, la figura del gato, pues particularmente en esta se observan dichas reacciones de forma tan recurrente y clara. Es posible examinar, en términos concretos, la sensibilidad profunda del vínculo que aflora y se desvanece rápidamente en esta acción: a través de la caricia y el contacto visual se puede apreciar aquella sensibilidad fugaz del vínculo, como un fragmento que se deja

entrever, para luego deshacerse y transformarse a través del escape del gato.

## **2.2 Cuerpos vinculables: el tacto y el vínculo**

“El vinculado se encuentra con el vinculante por la apertura de todos los sentidos, al punto tal que, realizada la ligazón perfecta, se transfiere en su totalidad al vinculante” (Bruno 2007, 85). Como se mencionó anteriormente, el vínculo alcanza un estado perfecto cuando es capaz de enlazar todas las potencialidades del cuerpo y para ello hay una previa apertura de los sentidos. Llevando esto a la materialidad, los sentidos de los cuerpos de las especies de compañía serían los que la biología permite: vista, olfato, audición, gusto y tacto. Entonces, la idea de abrir los sentidos podría ser ejecutada en la praxis.

Es necesario destacar el tacto entre todos los sentidos, pues funciona como un sentido autónomo y gracias a este nos relacionamos con el mundo en primera instancia, es también el sentido que recorre y cubre todo nuestro cuerpo a través de la piel: “En la evolución de los sentidos el tacto fue, sin duda, el primero en existir. El tacto es el padre de nuestros ojos, oídos, nariz y boca” (Montagú 2004, 11). El tacto y la vinculación que este permite actúan como un sistema de



comunicación en sí. La piel funciona como una frontera perceptiva que interactúa con el medio, capaz de establecer vínculos.

“Tocar estremece y hace mover. Apenas acerco mi cuerpo a otro cuerpo –fuera este último inerte, de madera, de piedra o de metal, desplazo al otro– aunque fuera una distancia infinitesimal, y el otro me distancia de él, me retiene en algún modo. Tocar acciona y reacciona al mismo tiempo. Tocar atrae y rechaza. Tocar empuja y repele, pulsión y repulsión, ritmo de fuera y de dentro, de la ingestión y la deyección, de lo propio y lo impropio. Tocar comienza cuando dos cuerpos se distancian y se distinguen uno del otro” (Nancy 2013,12).

La resistencia del cuerpo es parte del tacto. Resistencia que vemos materializada en un primer encuentro con el otro significativo ante el estremecimiento de un primer contacto. Es mediante este acto sensorial: el tocar, que podemos entender al otro, su diferencia; es a través del tacto que somos capaces de configurar al otro como un cuerpo que se distancia y diferencia de mí. A pesar que el tacto nos acerca, nos vincula, nos enlaza, aún así queda establecida una separación entre un cuerpo y otro, es más, se hace presente, y es esta la que marca precisamente la

distinción entre los cuerpos –de las especies de compañía–, es la distancia infinitesimal que propone Nancy: no importa qué tan profunda sea la caricia, pues el tacto mismo descubre la diferencia del otro cuerpo.

Sin alejarme de la cotidianidad trabajada aquí, vuelvo a destacar la figura del gato como un ejemplo concreto asociable al tacto, ya que biológica y fisiológicamente goza de una alta sensibilidad de este sentido: todo el pelaje que cubre su piel es particular y altamente sensitivo al tacto, se relaciona consigo mismo mediante la constante autohigiene y contacto con su pelaje a través del lamer. Este mismo hecho crea una vinculación consigo mismo constante y permanente, generando un estado de alta sensibilidad con él y su entorno. El tacto se establece como un vínculo latente, tanto en la relevancia de la relación entre las especies de compañía como consigo mismo: “[S]e trata de experimentarse como contacto en sí mismo. Todo mi ser es contacto. Todo mi ser es tocado/tocante” (Nancy 2013,16). Es posible hacer de este fragmento una descripción metafórica de los hábitos o comportamientos del gato, ya que la forma en que este se relaciona con el mundo es, ante todo, mediante el tacto: la manera en que reconoce su territorio, más allá de la vista o el olfato, es frotándose contra su entorno para asimilarlo,



traducirlo, integrarlo y, al mismo tiempo, dejar su olor –sus hormonas– en lo tocado, para sí acomodarse en el espacio que ha de habitar.

En el caso de mi relación de humano con el gato como especie de compañía, surge la idea de la caricia como acto vinculable con mi otro significativo, entonces, a través del tacto, de la caricia, apreciamos la acción encarnada de una fuerza que liga: “[M]i mano pasa en ella [la piel o pelaje] porque mi mano es su contacto o su caricia (en realidad, ningún contacto con una piel –salvo un contacto médico– está exento de una caricia en potencia)” (Nancy 2013,19). En esta situación cotidiana la caricia es también parte de una emoción infranqueable que envuelve al tacto, la *energeia* sensitiva de Nancy: “[E]sta *energeia* no es nada más que la efectividad del contacto, la que es efectividad de una «venida hacia» y de una «acogida de», doble cualidad que se intercambia: yo vengo hacia la piel que me acoge, mi piel acoge la venida que es para sí la acogida del otro” (2013,19). Este intercambio de acogidas cutáneas se asocia directamente con la compañía que establecen las especies selladas por el tacto, es la misma compañía la que concede el rol de significativo a ese otro animal no-humano.

El tacto es efectivo, por lo tanto, se constituye como caricia y esta como acto de una emoción, una configuración de la

afectividad: “El tocar acaricia, es esencialmente caricia, es decir que es deseo y placer de aproximar lo más cerca posible una piel –humana, animal, textil, mineral, etcétera– y de emplear esta proximidad (es decir, esta aproximación superlativa, extrema) para poner en juego las pieles una contra la otra” (Nancy 2013, 19-20). Esto puede metaforizarse, nuevamente, a través del gato, considerando su relación con el entorno, ejemplo antes mencionado: dentro de sus primeras aproximaciones está el tocar lo que lo rodea, acariciando sus mejillas con distintas superficies para marcar territorio –desde un objeto hasta el otro significativo, el animal humano– dejando su olor, lo tocado se impregna y define como propio, de esta forma es posible afirmar que es mediante el tacto que el gato se apodera y empodera de los elementos que lo rodean, es su forma de relacionarse con el mundo, pone en juego las pieles. Lo mismo hace con el ser humano, concreta el vínculo mediante el tacto y la caricia, el tacto se vuelve una regla fundamental en la multiplicidad de los vínculos, concretándose además mediante enlace basado en la emoción de quien ejecuta la caricia.

Esta emoción infranqueable que envuelve al tacto y la caricia puede ser definida a partir de la pluralidad de los vínculos que postula Bruno: “[E]l amoroso cumplirá la función de ser el vínculo



primordial y la base posibilitante de cualquier otro (...) el amor como fondo desde el cual cualquier vínculo se realiza, pues él es el que provoca la inclinación necesaria para el encuentro de los cuerpos” (Bulo 2015, 12), a partir de esto puede entenderse porqué los vínculos pueden ser reconducidos al amor, el vínculo de todos los vínculos: “Un único amor, por lo tanto un único vínculo, hace de todas las cosas una cosa” (Bruno 2007, 109), este sería el foco bajo el cual actúan las fuerzas que ligan, que impulsan, a su vez, las caricias hacia mi otro significativo, a mi especie de compañía; siendo parte de los tantos vínculos que configuran esta relación de afectividad.

Los elementos mencionados a lo largo de este artículo plantean al gato como un ejemplo concreto y particular de una experiencia corporal y vinculable, una propuesta enmarcada en la cotidianidad de una lectura materialista del tacto de Nancy y los vínculos de Bruno, cuyas conceptos extienden las nociones de vínculos y cuerpos para comprenderlos desde la afectividad. Se establece y valida la relación de los otros significantes no-humanos, reconociéndolos bajo el concepto cotidiano de mascota, despojándolo de la adoptada característica peyorativa de subordinado para ser considerado por su significado literal: un talismán. Es el recorrido realizado por la particularidad de los vínculos, la

esencialidad del tacto y la compañía significativa en el diario vivir lo que constituye al gato como un significante pertinente para el amuleto apotropaico, aquel que aleja el mal y acerca bien.

Finalmente, se entiende al gato como un talismán especial para analizar debido a su particular vinculación tanto con lo que lo rodea como consigo mismo. El tacto se vuelve una frontera de reconocimiento entre un cuerpo y otro y, a su vez, un medio de vinculación, al igual que la mirada –mencionada en un principio– entendiéndola como acto de conocer e identificar a otro, otro sentido revela barreras y enlaza cuerpos. Cada contacto que suceda significará también una vinculación a partir de la afectividad que conlleva el tacto. La idea de pensar los vínculos afectivos con nuestros otros significantes apunta hacia nociones en común, elementos universales compartidos por los cuerpos: “Giordano Bruno (...) está pensando en una comunidad cósmica, en una democracia cósmica y Nancy afirma explícitamente el nosotros como el singular plural de los cuerpos, nuestros cuerpos y sus vínculos: ese es el tema” (Bulo 2015, 4). Esta comunidad cósmica se acoplaría a través de la universalidad e infinidad de los vínculos que proponen alejarse de la mirada antropocentrista. Son los vínculos, los cuerpos que se relacionan y la afectividad los que encarnan la



significancia de las especies compañeras. La vinculación con el amuleto, con el elemento protector, se evidencia no solo a partir del tacto sino también por la compañía y su significancia. De esta forma, el vínculo en tanto conexión a múltiples niveles con otro significativo se plantea, en esta instancia, como una puerta abierta hacia una reflexión crítica y debate sobre las categorías irregulares que marcan los confines de las especies, aquellas convergencias fluctuantes de sus formas representacionales que postula McHugh, así, lejos de proponer un análisis resolutivo sobre el tema, se pretende proyectar un pensamiento continuo en torno a los cuerpos y la afectividad que nos vincula, permanentemente, como especies.



## CONSUELO DÍAZ

Licenciada en Literatura de la Universidad Diego Portales, Diplomada en Filosofía y Pensamiento Contemporáneo y Profesora de Lenguaje y Comunicación de la misma casa de estudios. Actualmente cursa Magíster en Arte, Cultura y Pensamiento Latinoamericanos del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Se ha desempeñado en varias ocasiones como ayudante y docente de UDP, también como profesora del sistema público y correctora de evaluaciones estandarizadas para la Agencia de la Calidad de la Educación. Asimismo, colabora regularmente en Revista Cólera (Santiago) con artículos de opinión sobre educación y políticas públicas.

## Bibliografía

Bruno, Giordano (2007), *De los vínculos en general*, Buenos Aires, Ed. Cactus.

Bulo, Valentina, “Pensar la materialidad de los afectos con Giordano Bruno”, Instituto de Estudios Avanzados, USACH, 2015.

— — . “Entre cuerpo y afectividad”, Instituto de Estudios Avanzados, USACH, 2015.

Derrida, Jacques (2008), *El animal que luego estoy si(gui)endo*, trad. C. De Peretti y C. Rodríguez Maciel, Madrid, Ed. Trotta.

Haraway, Donna (2002), *The Companion Species Manifesto: Dogs, People and Significant Otherness*, Chicago, Prickly Paradigm Press.





McHugh, Susan (2009), "Literary Animal Agents", *PMLA*, Mar., Vol. 124, N° 2, pp. 487-495. Disponible en

[https://www.jstor.org/stable/25614289?seq=7#page\\_scan\\_tab\\_contents](https://www.jstor.org/stable/25614289?seq=7#page_scan_tab_contents)

Montagú, Ashley (2004), *El tacto: la importancia de la piel en las relaciones humanas*. Barcelona, Paidós.

Nancy, Jean-Luc (2013), "Del tacto. Rhüren, Berhüren, Aufrhüren", *Archivida*, trad. Valentina Buló y Marie Bardet, Bs. Aires, Quadrata.

Pallí, Cristina (2006), "Diferencias que importan: Haraway y sus amores perros", *Athenea Digital*, n° 10, pp. 239-249, Disponible en <http://antalya.uab.es/athenea/num10/palliM.pdf>.

Troncoso, Jennifer (2014), *¿El animal me mira? De las consideraciones en la obra de Jacques Derrida "El animal que luego estoy si(gui)endo" para re-pensar "la mirada" sartreana en el animal no-humano*, Tesis, Universidad de Santiago de Chile.

Wolfe, Cary (2009), "Human, All Too Human: "Animal Studies" and the Humanities", *PMLA*, Mar., Vol. 124, N° 2, pp. 564 - 575. Disponible en [https://www.sas.upenn.edu/~cavitch/pdf-library/Wolfe\\_Human.pdf](https://www.sas.upenn.edu/~cavitch/pdf-library/Wolfe_Human.pdf)